

CREUSA (Con un estremecimiento.) —¡Oh dioses!

(Pausa. Rumor de muchedumbre, muy lejos.)

CAPITÁN —¿Has oído?

(Creusa, sin responder, se pone de pie y permanece rígida.)

CAPITÁN —¡Ya vuelven los ayudantes del sacrificio! ¡Antes de mucho tendremos también a los augures! ¡Que Atenea proteja a Troya!

(Creusa sale rápidamente. Capitán se pasea nervioso. Primero examina al soldado de izquierda, rígido y marcial. Luego se vuelve hacia el otro, muy joven, que se mantiene en posición de holganza, mal parado.)

CAPITÁN —¡Ponte derecho! (El soldado se endereza.) ¡Toma con firmeza esa lanza! ¡Es una lanza! (Soldado obedece.) ¿Cuánto tiempo llevas de soldado?

SOLDADO —Tres días.

CAPITÁN —Y antes ¿que hacías?

SOLDADO —Nada. Ayudaba a mi padre... Hace ruedas de carros.

CAPITÁN —¿Qué edad tienes?

SOLDADO —Quince años.

CAPITÁN —¡Ya es hora de que aprendas algunas cosas! Ayer te pasaste el tiempo de las audiencias mirando a Casandra... la que se sienta en aquella silla, junto al trono (Soldado permanece rígido, en silencio.) Es hermosa, ¿no? (Soldado no contesta.) ¿Es agradable mirarla cuando se abandona a sus pensamientos, y el manto se entreabre dejando ver el comienzo del seno?

SOLDADO (Con esfuerzo.) —No pienses que no le he advertido. Sé que no debo mirarla. Pero a la vez me resulta imposible no hacerlo. Pero no es su seno, entiéndeme. Es... ella, simplemente.

CAPITÁN (Olvidándolo de pronto y volviendo hacia el centro de la escena.) — ¡Oh Apolo! ¡Que la diosa proteja a Troya!

Escena IV

(Fuera, clamores lejanos de alegría. El Capitán se dirige rápidamente hacia la balaustrada. Entran Paris, Eneas y Hécuba, y los dos últimos van también hacia la balaustrada)

VARIOS —¡Los augures!

CAPITÁN —¡Los soldados los aclaman!

PARIS —El oráculo ha anunciado sin duda la victoria...

HÉCUBA (Volviendo hacia el centro de la escena, con intensa emoción.) — ¡Bendita sea la diosa!

TODOS (Rodeándola, excepto Paris, que permanece en silencio, contemplándolos.) — ¡Los dioses han protegido a Troya!

ALGUIEN —¡Victoria!

Escena V

(En el momento en que alguien dice "¡Victoria!" entra Príamo y se dirige hacia el trono. Silencio respetuoso de todos.)

PRÍAMO —Victoria... Una palabra extraña en la boca del padre de Héctor. Una palabra cuya única dulzura es la certeza de que lo que queda no habrá de perderse, como lo que ya se ha perdido para siempre.

(Pausa interrumpida por el llanto que comienza Hécuba.)

PRÍAMO —Victoria... (Imperioso) ¡Tersíloco!

TERSÍLOCO —Te escucho, Príamo.

PRÍAMO —Tersíloco, hasta donde recuerdo, tú llevabas las cuentas del reino, el número de los trojes, el número de las armas y carros y caballos ganados o perdidos...

TERSÍLOCO —Aún las llevo.

PRÍAMO —Tersíloco... ¿puedes decirme cuántos hijos ha perdido Príamo bajo las armas malditas de Agamenón?

HÉCUBA —¡Príamo!

PRÍAMO —¿Has llevado esa cuenta Tersíloco?

ENEAS —¡Gran Rey! ¿Qué ganas renovando el dolor por lo que ya está para siempre dispuesto? No quieras...

PRÍAMO —¡Cállate, Eneas! (Transición) ¡Tersíloco!

TERSÍLOCO (Con voz sorda.) —Desde el comienzo mismo, en estos diez años de Sangre, Rey...

PRÍAMO —Sí...

TERSÍLOCO —Héctor... Glauco... Flegio... Xanto... Iliaco...

PRÍAMO —¡Iliaco! Hasta ahora, no en los días que me resten, podré llorarlos a un tiempo. Deberé ir uno por uno...

(Fuera, lejos, restalla una ovación de alegría.)

PRÍAMO (Tras una breve pausa, sin mirar a Eneas.) —Ya ves, Eneas...

Eras casi un niño al comienzo de esta guerra. En el término de ella desposaste a la dulce Creusa. Sales de la matanza con un hijo que no tenías antes. Yo, en cambio, salgo con cinco hijos menos.

ENEAS (Con energía.) —También mi hijo, Rey, está en las manos de los dioses poderosos y de las furias que no deben nombrarse.

(Pausa. Llanto de Hécuba.)

PRÍAMO —¡Que entre el augur!

TERSÍLOCO —¡Que entre el augur!

VOZ (Fuera.) —¡Que entre el augur!

Escena VI

(Todos retroceden, dejando libre el centro del salón para el augur. Silencio de tensión. Los hombres se quitan rápidamente las armas, dejándolas en el suelo. Los soldados inclinan las lanzas. Cuando todo esto, que es simultáneo, ha terminado, entra Laoconte. Viste con sencillez y se dirige hacia el centro de la escena, donde se detiene, vuelto hacia Príamo. Todos esperan su palabra, pero permanece en silencio.)

PRÍAMO –Laoconte, soy tu rey, pero tú sabes si te he tratado como a un hermano, siempre. Cuéntame fielmente la palabra, sea ella cual sea, que haya dicho el oráculo *(Pausa. Laoconte no habla.)* Los dos hemos visto desaparecer bajo nuestros ojos un mundo que fue hace más tiempo que el doble de la edad de cuantos nos escuchan... Cuando tuve que elegir, entre todos los troyanos, uno que me acompañase hasta la tienda misma de Aquiles, matador de Héctor, para besarle las manos asesinas y pedirle el cadáver de mi hijo, a ti te elegí. Laoconte, habla que Príamo y su tristeza te escuchan. *(Laoconte permanece silencioso, con la cabeza baja.)* Laoconte... Ya no hay dolor que pueda aventajar a los que me causaron las manos de Aquiles. Ya no hay alegría tampoco que pueda borrar esos dolores. Laoconte, habla y repite lo que haya dicho el oráculo.

LAOCONTE *(Voz sorda.)* –El oráculo no ha dicho nada.

ENEAS *(Saltando casi.)* –¿Y por qué razón entonces baila el pueblo en la calle? ¿De qué se alegra y por qué grita?

(Silencio de Laoconte.)

PRÍAMO –Contesta, Laoconte.

LAOCONTE –Simplemente porque volviendo del Monte Ida, luego de consultar el oráculo, no me ha visto llorar. *(Pausa.)* Tampoco habló el oráculo, tampoco lloré, también danzó y gritó el pueblo la víspera del día en que el gran Héctor...

ENEAS *(Estallando.)* –¡Dejad al gran Héctor en paz! *(Cambiando de tono.)* Lo lloré como el más piadoso de sus hermanos, pero ya no está y no es recordándolo... *(Pausa.)* Perdonadme.

HÉCUBA –Tampoco dijo nada el oráculo la víspera de la muerte de Aquiles. Un oráculo que no habla es un oráculo que aguarda simplemente.

PARIS –Tan infundado como reír, sería llorar.

(Capitán entra con el manto desgarrado.)

CAPITÁN *(A Príamo.)* –Rey Príamo: el pueblo, impaciente por la tardanza, se golpea en las puertas del palacio y pide que tú, o, si tu voluntad no es esa, el propio Laoconte, se asomen al atrio y les comuniquen el oráculo que anuncia la victoria, la muerte del feroz Agamenón y la terminación de

la guerra. ¡Ved mi manto! ¡En su locura me lo han desgarrado sin reparar en el emblema sagrado de Dárdano, que está bordado en él!

(Fuera, clamor. Se distinguen voces que gritan "El Oráculo!" "El Oráculo!".)

TERSÍLOCO *(Entrando con el manto destrozado.)* –¡El pueblo quiere el oráculo anunciando la victoria! ¡Se han confundido todos sin orden, y todos ríen, gritan y lloran a un tiempo! ¡Han mezclado las filas y los curtidores se confunden con los forjadores de armas, los fabricantes de carros con los constructores de muros! ¡El que los dirige es el enloquecido Pirecmes que, encaramado a una columna del mercado, les ha anunciado ya el incendio de Argos y de todas las restantes ciudades griegas, a condición de que se les comunique el oráculo favorable!

ENEAS –¡Saldré yo, a decirles que no hay oráculo!

PRÍAMO –¡No! *(Al Capitán.)* Ve tú mismo, y diles que es voluntad de la diosa que el oráculo sea anunciado desde la escalinata de su templo, frente al arco. *(Sale el Capitán.)*

ENEAS –¡Irán al arco y allí se enfurecerán!

PRÍAMO –¡Tersíloco! Ve tú al arco, y cuando lleguen les dirán que es voluntad de los dioses no sea comunicado el oráculo hasta los sacrificios del amanecer. *(Sale Tersíloco.)*

ENEAS –¿Y al amanecer?

PRÍAMO *(Con cansancio.)* –Al amanecer estarán demasiado fatigados de gritar y correr, si es que los griegos no han atacado nuevamente antes *(Pausa.)* Es un buen pueblo, laborioso y valiente. Sólo que ha sufrido demasiado, como su Rey.

(Afuera el clamor se hace amenazante.)

CAPITÁN *(Entrando, desarmado y sin casco, con todas las vestiduras destrozadas.)* –¡No han querido oírme! ¡Pirecmes los ha enloquecido, y si no fuera el enorme respeto que tu nombre les inspira, pienso que echarían abajo las puertas!

(Eneas recoge su espada y la desenvaina.)

PRÍAMO *(De pie, contiene con un gesto enérgico a Eneas y avanza hacia el centro de la escena.)* –¿Qué gritan ahora? ¡Silencio! ¿Qué gritan?

(Afuera el clamor sube aún más de punto y se detiene de golpe. Silencio profundo fuera. Todos se miran desconcertados y luego se vuelven hacia la balaustrada.)

HÉCUBA –¡Se han callado!

(Eneas cruza rápidamente la escena y se dirige, nuevamente sin armas, a la balaustrada. Expectativa general.)

TERSÍLOCO *(Entrando y gritando, por la derecha.)* –¡El águila! *(A Príamo.)* Cuando el pueblo se arremolinaba ante las puertas y parecía pronto a tirar-

las abajo, el águila! ¡Un águila blanca! ¡El presagio! ¡Llegó desde el poniente y se ha posado en la cumbre del alcázar!

VARIOS —¡El presagio de Dárdano!

OTROS —¡El águila blanca de Dárdana! ¡Troya está salvada!

(Todos se dirigen hacia la balaustrada. Algunos se detienen un momento en ella, mirando hacia afuera. Finalmente todos abandonan en pocos instantes el escenario por el fondo, donde sólo quedan los dos guardias y Príamo.)

PRÍAMO *(Sobrecogido.)* —¡El águila de Pérgamo! *(Sale también por el fondo.)*

Escena VII

(Los soldados dejan las lanzas y siguen a los otros. Por un momento, la escena permanece vacía. El silencio fuera es absoluto. Entra Casandra. Se dirige lentamente hacia la balaustrada y, sin llegar a ella, echa una mirada sin interés sobre la ciudad y el cielo. Luego se vuelve. Mira el trono y pasea la mirada por la sala, donde han quedado, esparcidos, mantos y algunas armas)

CASANDRA *(Inexpresiva.)* —El águila de Pérgamo...

(Afuera, una ovación de alegría. Al oírla Casandra se estremece. Luego mira con aprensión hacia distintos lados, sin advertir a Paris, que aparece por la derecha. Casandra, como temerosa de la llegada de alguien, sale rápidamente. Paris, que la ha seguido con la vista, queda inmóvil mirando el lugar por donde Casandra ha salido.)

TELÓN

Cuadro II — Escena I

(La misma escena del cuadro I. Ha transcurrido una hora y todo está tal cual quedó a fines del cuadro I, con los mantos o armas que quedaron esparcidos, en los mismos lugares. Al levantarse el telón, escena vacía. Un instante después entran Príamo, Hécuba y Laoconte, y más atrás Eneas y Tersíloco.)

HÉCUBA *(Con intensa emoción.)* —¡Venerada sea la diosa! Venerada su protección!

PRÍAMO *(Parece diez años más viejo que en la escena última.)* —¡Eneas!

ENEAS —Te escucho, Rey.

PRÍAMO —Avisa a tu padre Anquises el advenimiento del presagio. Tráelo tú mismo a mi lado. ¡No! Tú no te apartes de mí... Envía alguien en su busca. *(Eneas se inclina y sale.)*

PRÍAMO —Pobre y querida Troya. *(A Laoconte.)* Volviendo del mercado,

hace un momento, era como si la viese por primera vez luego de mucho. No hacía más que desandar el camino que había hecho un momento antes, y sin embargo todo surgía distinto bajo mi mirada... *(Pausa.)* ¿Has visto, Laoconte, qué viejas están las columnas del mercado? Tersíloco... ¿No tenían bronce los capiteles?

TERSÍLOCO —Hubo que sacarlo para construir escudos.

PRÍAMO —Laoconte... ¿Has visto la casa de Acteión? *(Entra Eneas.)* Las pinturas del atrio están sucias... una de las hojas de la puerta está fuera del quicio...

TERSÍLOCO —Los esclavos tienen descuidada la casa de Acteión. Desde que murieron sus dos hijos, Acteión no ha vuelto a salir de su cámara.

PRÍAMO —¡Acteión! *(Pausa.)* ¿Pero es que vive Acteión todavía? ¿Entonces lo iremos a buscar! ¡Iremos nosotros mismos a buscarlo! Y a decirle que el águila ha venido, que yo mismo la he visto sobre mi propio alcázar, que el presagio está cumplido y Troya salvada... aunque no sepa yo quien será, ahora que Héctor está muerto, el que pueda derrotar a los enemigos, matar a Agamenón, rechazar a los griegos hasta el mar... Laoconte... ¿Has visto el rostro de los soldados? *(Angustiado.)* ¿Por qué brillan de ese modo los ojos de los soldados? *(Girando la vista y dirigiendo la pregunta a todos.)* ¿Por qué tienen el rostro gris y las mejillas hundidas? *(Silencio violento de todos. Príamo con angustia creciente.)* ¿Tersíloco! ¿Tienes idea de cuál será de nosotros el que podrá matar a Agamenón? ¿Serás tú, Tersíloco?

LAOCONTE —Tal vez no. Pero sabemos en cambio el presagio que nuestros padres escucharon de sus padres. Un largo tiempo de calamidades y desdichas abrumadoras, un águila blanca que llegaría del poniente, e indicaría el comienzo de los tiempos felices, posándose a la vista del pueblo en el ángulo más alto de este alcázar...

PRÍAMO *(Mirando hacia arriba, donde se supone está el águila, y muy lentamente.)* —¡El comienzo de los tiempos felices... ! ¿Pero... quién? ¿Quién?

Escena II

Mismos y el Capitán

CAPTÁN *(Entrando.)* —Un heraldo espera en el atrio. Otrioneo, rey de Frigia, que lo envía, aguarda con su ejército en las puertas del oeste, tu contestación a la alianza que sin duda quiere proponerte.

HÉCUBA —¡El presagio se cumple! *(A Príamo.)* No demores más el instante de escuchar al heraldo! ¡Príamo!

PRÍAMO —¡Hacedlo entrar! *(Capitán sale, al cabo de un instante brevísimo, con el Heraldo.)*

